



Ultimo retrato de FEDERICO GARCIA LORCA (1936)

Por Claude Couffon

COMO MURIO FEDERICO GARCIA LORCA

A Manuel Angeles Ortiz

En la primavera de aquel trágico año de 1936, la posición literaria que ocupaba en Madrid Federico García Lorca era la de un hombre afortunado. A los treinta y ocho años de edad (1), el autor de las **Canciones** y de **Yerma** era célebre en toda España y jamás poeta español había logrado una ascensión tan rápida; nunca dramaturgo alguno había despertado, en el público, un afecto tan fiel y apasionado. Y la razón de esto era que, por sus múltiples dones para la poesía, la música, el dibujo y el teatro, García Lorca emanaba una extraordinaria fuerza de seducción personal: **una descarga como de eléctrica simpatía** —escribió en alguna parte su amigo el poeta Rafael Alberti—, **un hechizo, una irresistible atmósfera de magia para envolver y aprisionar a sus auditores, se desprendían de él cuando hablaba, recitaba, representaba veloces ocurrencias teatrales, o cantaba, acompañándose al piano**. Nada más natural, pues, que en menos de diez años, el joven e infortunado autor de **El Maleficio de la Mariposa** —pieza que conoció solamente una representación—, se convirtiese en el poeta legendario y popular del **Romancero Gitano**. Y que tres años antes de la época que nos ocupa, o

(1)—Aprovechamos esta ocasión para rectificar, a la vista de los archivos del Registro Civil de Fuentevaqueros, que hemos consultado, la fecha de nacimiento del poeta. Es esta el 5 de Junio de 1898, y no de 1899, como algunos biógrafos han venido repitiendo.

sea en 1933, este conferenciante pintoresco y brillante obtuviese en la América hispana, especialmente en Argentina, un éxito sin precedente en las letras españolas, produciendo en millares de espectadores un entusiasmo próximo al delirio y grabando en el fondo de los corazones su seductora imagen, una imagen que jamás olvidará el Nuevo Mundo.

A pesar de aceptar esta gloria, él no permitía que lo dominara. En 1936, Federico se halla en un momento decisivo de su obra. En esta época en que su capacidad creadora se muestra más fuerte que nunca, el poeta adquiere plena conciencia de sus aptitudes. La poesía, para él, ya no es un juego. Un trabajo más continuo, más seguro, le lleva de día en día a un arte cada vez más sobrio, más despojado y por tanto más difícil. Renunciando a ciertas facilidades poéticas que habían podido seducir en sus obras anteriores —y que contribuyeron sin duda a sus rápidos éxitos—, crea la obra en que ya no encontraremos ningún aditamento lírico, ni canciones, ni romances, sino solamente el más estricto aparejo dramático: **La Casa de Bernarda Alba**. ¡Su obra maestra!

El año de mil novecientos treinta y seis representaba también para Federico un gran proyecto: una nueva gira de conferencias por la América Latina. En efecto, otra vez los círculos teatrales, literarios y poéticos lo reclamaban. El poeta había aceptado las proposiciones que le hacían, y decidió realizar su viaje en los meses de verano, siempre tan inactivos, desde el punto de vista artístico, en España. Primeramente, iría a Nueva York a saludar algunos amigos. De allí, partiría rumbo a Méjico, donde presentaría sus últimas obras y disertaría sobre **Quevedo, el Hombre del Diablo**. Después, a Colombia. Y por último a Argentina, término de su viaje. Pero antes quiere ver de nuevo a sus padres y amigos, a su Granada y Fuentevaqueros.

Tres meses transcurrieron en estos preparativos. Tres meses que permitieron a Federico dar los últimos toques a una recopilación de poemas escritos en el modelo de la poesía árabe, **El Diván del Tamarit**, y sentar las bases de una nueva obra: **La Destrucción de Sodoma**, que con **Yerma** y **La Casa de Bernarda Alba** debía completar la trilogía consagrada al problema de la esterilidad.

Entonces llegó el verano. Un verano cuyo rigor parecía hecho a propósito para exasperar las pasiones que se habían ido incubando en el corazón de los españoles. El país encon-

trábase en plena crisis. Desde hacía varios meses, el Presidente Manuel Azaña y sus Ministros, cuya mayoría pertenecía a la izquierda republicana, luchaban desesperadamente para mantener el orden.

Así, con el verano, la situación se agrava notablemente. Renace la agitación revolucionaria y las huelgas se multiplican en todas las provincias. Pronto, frente a un gobierno impotente para reprimirlos, comienzan los crímenes políticos. Entre las dos Españas, la católica monárquica y la republicana revolucionaria, se abre un abismo cada día más profundo. Y frente a los extremistas de izquierda, los extremistas de derecha organizan bajo la dirección de José Antonio Primo de Rivera —hijo del dictador—, una nueva fuerza: la Falange.

¿Cuál era, entre estas dos fuerzas prontas a encontrarse, la posición política del poeta? La cuestión es delicada y tanto más difícil de resolver cuanto que los testimonios más dignos de fe son contradictorios sobre este punto. Lo diremos de una vez: personalmente, no creemos en un García Lorca derechista; no creemos —como lo han pretendido algunos de sus amigos y en particular Eugenio Montes (1)—, en un García Lorca que pudiera proponer al poeta Luis Rosales que escribieran en colaboración un **Himno a la Falange**. Más aun: que llegara a escribir ese himno. No, García Lorca, ex-pensionista de **la Resi** (la "Residencia de Estudiantes" de Madrid), uno de los principales focos del nuevo espíritu liberal español; García Lorca, alumno y más tarde colaborador de Fernando de los Ríos, dirigente socialista y Ministro de Educación Nacional; García Lorca, amigo de Antonio Machado, de Rafael Alberti, de Manuel de Falla, y cuñado de Montesinos, alcalde socialista de Granada, no podía sentir atracción por la Falange. ¿Atraído por la Falange el fundador de la **Barraca**, ese teatro ambulante encargado de educar a las masas campesinas y urbanas? ¿Seducido por la Falange el dramaturgo que, en plena dictadura de Primo de Rivera, tuvo el valor de escribir y de hacer representar la obra que constituye un frenético llamamiento a la libertad: **Mariana Pineda**? No, en verdad. Por

(1)—Véase la entrevista a Eugenio Montes por Guillermo Camacho Montoya: "Por qué y cómo murió García Lorca", publ. en "El Siglo" de Bogotá, 15 de Nov. de 1947.

su formación, por su ideal, por su obra misma, García Lorca es socialista.

Y, sin embargo, sabemos que el poeta no pertenecía a ningún partido político; conocemos, también, a algunos escritores franquistas contemporáneos que pueden, con razón, vanagloriarse de haberlo contado como uno de sus mejores amigos. El motivo es que hubo siempre, en la mente de Federico, una dualidad de ideas; dualidad originada por la diferencia entre su condición de artista y su condición de hombre. Como artista de vanguardia, es profundamente democrata. Como hombre, es el producto de su medio, es decir, un burgués. Por esto, el mismo poeta que, como artista, está con el pueblo, combate por el pueblo y desea su mejoramiento social, teme, como burgués, la demagogia, y se revela incapaz de ingresar en un partido político con el cual simpatiza. Por eso también, aunque sus ideas de artista le inclinan a escoger sus amigos entre los hombres de izquierda, no rehuye, desprovisto de un partidarismo sectario, el trato de hombres de ideas contrarias, si éstos tienen valor y talento. De ahí nacen, sin duda, la confusión, la contradicción incluso, de algunas declaraciones, no obstante dignas de fe, de aquellos que fueron sus compañeros.

Su posición política hubo de definirla él mismo en una entrevista que le hizo el periódico madrileño **El Sol**, el diez de junio de aquel año de 1936: **"Yo soy —declaró— español integral, y me sería imposible vivir fuera de mis límites geográficos; pero odio al que es español por ser español nada más. Yo soy hermano de todos y execro al hombre que se sacrifica por una idea nacionalista abstracta por el solo hecho de que ama a su patria con una venda en los ojos. El chino bueno está más cerca de mí que el español malo. Canto a España y la siento hasta la médula; pero antes que esto soy hombre del mundo y hermano de todos. Desde luego no creo en la frontera política.**

¡No podía ser más claro!

II

Julio, 1936. En toda España, la exaltación política llega a su colmo. Entre las dos fuerzas adversarias —pese a que se hallan muy divididas, fragmentadas en múltiples partidos que sustentan ideales muchas veces distintos—, el conflicto es inevitable. Cada día se agrega un nombre nuevo a

la lista negra de crímenes políticos. El día 12, en Madrid, un teniente de la Guardia de Asalto es asesinado por dos desconocidos que se supone pertenecen a la Falange. El día 13, tiene lugar el asesinato del líder monárquico Calvo Sotelo, por un grupo de individuos vestidos con el uniforme de la Guardia de Asalto y que han ido a su casa a apresarlos. Lentamente, las campanas doblan a muerte por toda la tierra española.

En Madrid, Federico, que ha renunciado a su viaje a tierras americanas, vacila. ¿Debe esperar pacientemente en su casa de la Calle de Alcalá el curso de los acontecimientos, según le aconsejan algunos amigos? ¿O, por el contrario, anticipar su viaje anual a Granada, y reunirse allí con su familia? Luis Rosales, su conterráneo, a quien le confiesa su indecisión, afirma: "Federico, debes ir inmediatamente a Granada!". Madrid, en efecto, solo ofrece al poeta una seguridad precaria: allí conocen sus opiniones avanzadas y, si triunfaran los falangistas, pudieran muy bien reprocharle su intimidad con Fernando de los Ríos, el hombre de estado socialista al que profesan un odio intenso. Ciertas reuniones recientes, en las que se les vió juntos, han empeorado su situación. Granada, por el contrario, siendo casi la ciudad natal de Federico, le ofrece mayor seguridad. ¿No tiene él allí, en ambas facciones, poderosos protectores? En la izquierda cuenta con Montesinos, su cuñado y alcalde del pueblo; en la derecha, con los Rosales, falangistas apasionados, pero fieles amigos del poeta.

Sin esperar más, Federico decide el viaje. El 15 de Julio se despide de sus amigos, y éstos nos dirán más tarde toda la angustia y el pesimismo que descubrieron entonces en sus palabras. El día 16, abandona Madrid, rumbo a Granada. "**Sea lo que Dios quiera!**", murmura como despedida, a los que han ido a acompañarle a la estación. ¿Presentimiento?

El día 17 estallaba la insurrección falangista.

III

En Granada, a donde llega el mismo día del levantamiento, Federico se instala en **la finca**. Situada en un barrio del sur de la ciudad, la finca es una deliciosa casa de campo, propiedad de los padres del poeta, en la que éste suele residir durante los meses de verano.

Todos los amigos de Federico nos han descrito esta casa; todos los periódicos han reproducido su imagen. Típicamente andaluza, con su techumbre de tejas encarnadas y redondeadas como gajos de naranjas abiertas; con sus ventanas protegidas por rejas de hierro forjado y su fachada primorosamente blanqueda, sobre la que vela, desde la sombra de su hornacina, un santo melancólico, la creeríamos surgida directamente de una novela de Don Juan Valera. A la izquierda, flanqueando el edificio, una terraza. A la derecha, un poco más retirada, otra construcción enjalbegada también, pero a la que un emparrado que se trenza caprichosamente a lo largo de la fachada, presta su sombra verde y blanda. Por último, rodeándolo todo, el jardín; un jardín con una vegetación silvestre de cactus, entre los que se destacan, aquí y allá, las siluetas esbeltas y románticas de los cipreses y la rotunda frondosidad de los naranjos.

Pero, lamentablemente, en estas jornadas trágicas, la finca ha perdido toda la atmósfera encantada de los veranos anteriores. Para el poeta ya no es sino un retiro triste e inseguro, del que ni siquiera puede pensar en salir sin peligro.

En Granada, en efecto, la situación ha evolucionado rápidamente y de manera inquietante para los liberales. Los rebeldes, que se han sublevado en la mañana del dieciocho de julio, han logrado —bajo el mando del Comandante Valdés y gracias a una hábil maniobra de intimidación— imponer su dominio en seguida sobre la ciudad. Granada es una población apacible. Unos cuantos cañones sacados de los cuarteles y apuntados contra el Gobierno Civil, una demostración de tropas armadas a través de las calles, han bastado para hacer temblar a los ciudadanos medrosos y sin defensa. De este modo, en poco tiempo, todo el centro y la parte baja de la ciudad son ocupados sin combate. Sólo la alta Granada, la Granada obrera, resiste. Por las tortuosas callejuelas, que trepan caprichosamente alrededor del Albaizin; a través de los senderos secretos, bordeados de pitas y chumberas, del Sacro Monte de los gitanos, han sido erigidas apresuradamente algunas barricadas. Tras ellas, y poseyendo como únicas armas algunos malos fusiles, sin munición o poco menos, una decena de miles de hombres del pueblo en los que han resurgido el valor y la temeridad de sus antepasados —los moros conquistadores—, esperan el primer asalto de las tropas rebeldes.



La finca de GARCIA LORCA en Granada



VIZNAR: "La Colonia"

¿Cuánto tiempo va a durar esta heroica resistencia? Y suponiendo que dure, ¿será eficaz? . . . En la porción de la ciudad recientemente sometida han empezado ya las terribles **depuraciones**. Además de la Guardia Civil y la Falange, participan en ellas otros grupos armados, más o menos afines a ésta última: la **Escuadra Negra**, terrorista y católica; los **Requetés**, monárquicos; la **Joven España**, compuesta en su mayor parte de estudiantes reaccionarios. El 18 de Julio, ha sido detenido en su domicilio el Gobernador Civil de Granada. En los días siguientes se producen las detenciones del alcalde de la ciudad, Montesinos, y de otras personalidades socialistas. En las células de los partidos vencedores van confeccionándose, febrilmente, las primeras listas de sospechosos, y en el antiguo y apacible cementerio de la ciudad, transformado en polígono de ejecución, caen los primeros mártires de Granada: Montesinos, el Marqués de Santa Cruz —ingeniero que construyó la carretera a Sierra Nevada—, Castilla y Polanco Romero, entre otros. La garra macabra de la Falange se va apretando implacablemente alrededor de los liberales.

Sin embargo, no creemos que Federico hubiera perdido ni un solo instante la confianza en su ciudad. Granada constituía para el poeta su razón de ser, la atmósfera, el cuadro sin los que no hubiera podido vivir. El tema y el motivo de toda su obra. Desde el **Libro de Poemas** hasta el **Diván del Tamarit**, desde **Mariana Pineda** hasta **Doña Rosita**, la ciudad está siempre ahí, presente, por doquiera romántica y soñadora, lánguida bajo el susurro de sus fuentes, envuelta en la densa fragancia de sus jardines. Pero entre esta Granada ideal y soñolienta que su fantasía creaba y la que realmente vivía en torno suyo —apacible en apariencia, aunque violenta y apasionada en el fondo—, Federico no se enteró nunca de la diferencia y es ahí, precisamente, donde radica todo el drama. En Granada, Federico sabía que era querido y admirado. A pesar de que ciertas gentes de esta ciudad, particularmente católica y austera, le hubiesen reprochado amistosamente, alguna vez, su indiferencia religiosa o ciertas libertades en su porte y costumbres (1), nunca se

(1)—Su indumentaria impresionó vivamente a los granadinos por aquellos años de 1935-36. Su **negligencia** de artista —pantalón negro de pana y camisa blanca de seda—, así como la enorme rosa roja, graciosa, aunque equivoca —“**indecente**”, según he oído decir a algunos—, con que acostumbraba adornarse el pecho, promovieron escándalo en esa ciudad severa.

le ocurrió pensar que pudiesen odiarle. Pero, ¡ay! esos mismos reproches que en la mayor parte de los granadinos se disculpan al punto con una sonrisa, o con la frase de ritual: **"¿Federico? ¡pero si era un niño! ¡Un verdadero niño!"**, cómo se enconan en la boca de otros hasta cobrar todo el significado de una acusación. ¡Indiferencia! ¡Amoralismo! ¡Demagogia!, exclaman. Y hay que haber visto el brillo de sus ojos y el ensombrecimiento de sus frentes para darse cuenta de todo el odio, de todas las amenazas que podían caber en esas tres palabras, quince años antes. . .

Una mañana —transcurrida ya una semana aproximadamente de su instalación en la finca—, Federico observa, en la puerta, la presencia insólita de dos individuos. A través de las rejas, los dos hombres, que el poeta no puede identificar, inspeccionan el jardín y la casa, parecen tomar un acuerdo y se marchan. ¿Se trata de uno de esos múltiples **registros** que se efectúan ahora diariamente, o, por el contrario, de algunos de esos **saqueadores** armados que pululan por la ciudad desde el levantamiento? O bien ¿no será que lo consideran a él mismo como sospechoso? . . . El poeta se inquieta. Unas horas más tarde, recibe una carta anónima que viene a confirmar sus aprehensiones. En términos injuriosos, aunque precisos, se le reprocha todo cuanto he dicho más arriba: su demagogia, sus amistades políticas, su indiferencia religiosa, sus costumbres. La carta termina con amenazas de muerte.

—Aquella tarde, hubo de decirme más adelante una de las personas que vivían por entonces en la finca, Federico nos pareció terriblemente deprimido. Sentado cerca de la ventana, inmóvil, con una palidez extrema en el rostro, no nos dirigía la palabra, esperando, al parecer, algo que nosotros creíamos que no había de llegar nunca, pero que nos atenazaba la garganta. . . De pronto, a eso de las cinco, ví como se volvía hacia mí y, después de haber murmurado mi nombre con un acento de profunda tristeza: **"¡Mira!"**, me dijo, con voz entrecortada, **"¡esta vez, son ellos!"** . . . Eran ellos, en efecto. Sus pasos rechinaban ya sobre la arena de las avenidas. . .

Pero los dos hombres que acaban de entrar, revólver en mano, no parecen buscar a Federico. Vienen —dicen—, a

detener al hermano del jardinero, acusado de haber participado en el incendio de la iglesia de Asquerosa, un villorrio próximo a Fuentevaqueros, en donde los García Lorca habían tenido, en otros tiempos, una propiedad. En Asquerosa, precisamente, es donde Federico había podido observar durante unas vacaciones, años antes, y en un cortijo contiguo al de sus padres, aquel extraño hogar de solteronas: las Alba, que debía inspirarle el drama que acababa de terminar.

—El hermano del jardinero no estaba aquí, continuaron diciéndome, de modo que después de un registro minucioso de la finca, los dos hombres se marcharon. Antes de irse, sin embargo, tomaron con todo detalle nuestra identidad; y, cuando llegó el turno a Federico, antes de que éste pudiese hablar, le atajó uno de ellos: **"Tú, es inútil, ¿sabes? Y con un acento lleno de amenazas: "Te conocemos bien: Federico García Lorca, ¿no es eso?"**

El poeta había comprendido. Era preciso hacer algo: abandonar la finca, esconderse sin perder un instante, hasta que la situación se esclareciese. Pero, ¿dónde ir?

Abandonar la ciudad, refugiarse en la vega próxima, en donde podía contar con la amistad de numerosos campesinos, no hay ni que pensarlo. Desde el primer día del levantamiento, los fascistas guardan las entradas de Granada, prohibiendo el acceso y la salida de la ciudad y exigiendo a los habitantes de esta zona los certificados bien en regla, expedidos por las autoridades falangistas. Ante semejante situación, un solo recurso se le ofrece: buscar asilo en la misma ciudad, en la casa de algún amigo cuyas opiniones políticas lo pongan al abrigo de toda clase de sospechas. Inmediatamente, Federico piensa en el hermano de su compañero de estudios en Madrid, Rosales, un falangista notorio que tiene una tienda en el centro de la ciudad.

Entonces, por teléfono, se entabla un diálogo breve y dramático:

—¿Eres tú, Rosales?

—Sí.

—Aquí Federico García Lorca. Tengo que verte enseguida. Te lo suplico. ¡Ven!

El acento desesperado de Federico no engaña a Gerardo Rosales. El poeta está en peligro. Únicamente él, Rosales, puede salvarle. Pero, por prudencia, responde:

—Iré hacia medianoche.

Estas palabras significan un asentimiento.

A medianoche, tras unos minutos de explicación, el poeta abandona la finca en el auto de Rosales.

A través de las callejas desiertas a estas horas, y evitando las patrullas de la Guardia Civil que rondan por la ciudad, los dos hombres marchan hacia la tranquila Plaza de la Trinidad, cerca de la cual vive Rosales. Ya han dejado atrás el elegante barrio Figares, cuyos apacibles **cármenes** parecen dormir indiferentes en medio de sus jardines. Calle San Antón. Un automóvil pasa a gran velocidad, inundando la calle, unos instantes, con la luz de sus faros. Falangistas, sin duda, que conducen a la prisión a algunos nuevos rehenes. Plaza de San Antón: el centro de Granada. Allí lejos, al otro extremo de la calle de los Reyes Católicos, erguidas sobre su colina, las torres macizas de la Alhambra, lívidas ahora bajo la luna; y frente a ellas, el Albaizin, donde se lucha todavía. . . Calle de la Alhóndiga. Antes de la insurrección era célebre por sus pensiones modestas, frecuentadas asiduamente por los **catetos**, los campesinos de la provincia, de visita en la ciudad. Calle de Gracia, con su cuartel de **Requetés**, un poco más lejos, y —¡al fin!—, la Plazuela de la Trinidad, la calle de las Tablas, la de Angulo. . . En ésta, confundida en la masa oscura de otras residencias burguesas, la casa de Rosales.

El lugar parece muerto. Una vibración del timbre; unos instantes de ansiedad. Al otro lado de la puerta, un ruido de pasos que se acercan. Y, en el silencio de la noche:

—¿El señor Rosales?

—Sí. ¡Abrenos! ¡De prisa!

La puerta se entreabre.

¿Está, por fin, salvado?

IV

En casa de los Rosales, Federico vuelve a encontrar durante algunos días un poco de sosiego. Desde la ventana de su cuarto, que da no lejos de la plazuela de los Lobos, tan agitada ahora por el constante ir y venir de los soldados, el poeta contempla el diario vivir de la vieja ciudad y su evolución bajo el levantamiento, cuyo objetivo está ya conseguido. En efecto, las fuerzas obreras del Albaizín, tras haber agotado todas sus municiones y después de haber sufrido un violento ataque de la aviación rebelde, han tenido que capitular. Entre tanto, muchos combatientes han logrado alcan-

zar el frente gubernamental establecido en Guadix, a unos diez y siete kilómetros de Granada, y en donde se pelea duramente. Una calma sorda parece reinar ahora en la ciudad. ¿Fué esto, acaso, lo que engañó a Federico? Un atardecer —el 17 de Agosto—, como impulsado por el demonio de la imprudencia, que le murmura que entre aquella muchedumbre podría pasar inadvertido, y aprovechando de la ausencia de los Rosales, en misión en estos instantes, se decide a salir, y el drama se desencadena. . .

¿Lo reconocieron durante su breve excursión a través de la ciudad y fué denunciado entonces? (1). Al amanecer del día siguiente, un auto se detiene enfrente de la casa de los Rosales. Se escucha el timbre de la puerta. El poeta no se engaña: comprende, al punto, que esta llamada significa su sentencia de muerte. El testigo de quien he obtenido el relato de esta escena me ha contado que vió, entonces, surgir a Federico, vestido apenas, tembloroso, y que, tras haber sentido sobre él aquellos ojos que la tristeza y el temor habían dejado casi inexpresivos, le observó lanzarse como un loco hacia la parte superior de la casa. Pero en el exterior estaban ya impacientes: había que abrir.

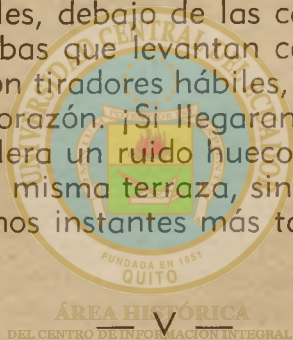
El hombre que se presenta a reclamar al **señor García Lorca** no es ningún teniente de esa Guardia Civil a la que con tanta frecuencia ridiculizó o fustigó el poeta. No. El hombre se llama Ramón Ruiz Alonso, y antes del levantamiento era el representante del partido católico conservador granadino en las Cortes y director del periódico **El Ideal**. Desde el levantamiento, es él quien dirige en Granada el grupo terrorista, afiliado a la Falange, de la **Escuadra Negra**, el elemento más activo y más violento en la represión. Algunos días antes, encontrándose en un café de Granada con sus amigos, le habían anunciado la noticia —falsa, desde luego— de la detención y ejecución del dramaturgo católico Jacinto Benavente por los **Rojos**, en Madrid: "**Si ellos han matado a Benavente**" —le oyeron decir—, "**nosotros tenemos aquí a Gacia Lorca!**"

En casa de los Rosales, mientras el diputado católico registra a toda prisa los cuartos de la planta baja, Federico, en el piso superior, hace una última tentativa por salvar la

(1)—Según algunos amigos de Federico, igualmente bien informados, el poeta no abandonó nunca la casa de Rosales, y la denuncia fué hecha por dos miembros de la **Escuadra Negra**, amigos íntimos de los Rosales.

vida. Es absurdo pensar que puede uno esconderse en una casa, y el poeta lo sabe. Así, pues, sólo una esperanza le queda, una esperanza loca: huir por los tejados. Entonces, para trepar hasta esa terraza que cubre la casa de los Rosales y que representa, quizá, la libertad, realiza un supremo esfuerzo: es el último esfuerzo, desesperado, de una voluntad a la que el miedo a la muerte ha multiplicado la fuerza. Pero ¡ay!, la terrible realidad se presenta al punto. La terraza de la casa de Rosales está separada por varios metros de altura de las de las viviendas colindantes. Por otra parte, el pequeño grupo de casas del inmueble está aislado por cuatro calles de los edificios que le rodean. ¡Todo está perdido!

En la calle se percibe ya el eco de las botas, martillando sobre el asfalto. Se oyen órdenes de cuyo sentido no se puede dudar. ¡Los guardias civiles! Bajo la luz acerada del amanecer, los tricornios negros relucen con resplandores siniestros. Los fusiles, debajo de las capas verdosas se presienten en las jorobas que levantan con sus culatas. ¡Los guardias civiles! Son tiradores hábiles, que apuntan siempre a la cabeza o al corazón. ¡Si llegaran a verlo!... Pero ya resuena en la escalera un ruido hueco de pasos. ¡Todo ha terminado! En esta misma terraza, sin fuerza ya para resistir, el poeta cae unos instantes más tarde en las manos de Ruiz Alonso.



Y la leyenda empieza aquí. ¿Cuál fué, exactamente, el suplicio del poeta en estas jornadas terribles de la depuración? ¿Qué actitud tuvo ante la muerte, él, que durante su efímera vida la había sentido siempre a su lado, cual si supiera que había de sellar trágicamente su destino? Diferentes versiones han corrido por el mundo durante estos últimos años. Y, en primer lugar, apenas terminada la guerra civil, aquellas de los compañeros del poeta que lograron escapar del infierno de Granada. A medias palabras, como avergonzados de los suplicios que sus compatriotas les habían infligido, contaban su propio calvario para evocar, luego, la muerte del mejor de ellos, y del menos responsable también: Federico García Lorca. Sin embargo, sus testimonios eran incompletos, pues estos hombres, ocupados en salvar sus propias vidas, sólo podían aportar sobre la muerte del poeta los rumores que circulaban, de boca en boca, en las

prisiones; rumores que en el momento en que les llegaban —no lo ignoraban ellos mismos—, habían sido deformados ya por la leyenda, transfigurados.

Después, se difundió la versión oficial. Esta nos fué dada mucho más tarde, en Diciembre de 1948, por el escritor José María Pemán en el diario madrileño **A. B. C.** No se debe acusar a la Falange de la muerte del gran poeta español García Lorca —venía a decir, en substancia, el portavoz del Régimen—, sino a ciertos criminales desconocidos que actuaron por cuenta propia, sin que las autoridades oficiales, harto preocupadas entonces por otros asuntos, hubiesen podido intervenir. Ya sabemos, sin embargo, qué hay de cierto en estas declaraciones. Creemos haber mostrado claramente cómo la Falange y la Escuadra Negra actuaban en Granada en total acuerdo. Pero, además, cabe preguntar: ¿por qué si la Falange ha sido ajena a la muerte de García Lorca, ha esperado más de doce años para disculparse? Y, por otra parte, ¿cómo interpretar la respuesta que las autoridades falangistas de Granada dieron, a fines del año 1936, a una carta en la que el escritor inglés H. G. Wells, en nombre del PEN Club, preguntaba si el poeta García Lorca había sido o no fusilado? **"¿Federico García Lorca? ¡Nosotros no conocemos a ese señor!"** le contestaron, y esa frase, por su misma brusquedad, revela bien a las claras el criminal embarazo de los que respondían.

Pero dejemos a un lado toda polémica. Lo que aquí nos proponemos es, ante todo, exponer los elementos rigurosamente auténticos que hemos podido reunir en Granada, rechazando todo cuanto nos ha parecido legendario o dudoso.

De la casa de los Rosales, Federico fué conducido primeramente a la Comisaría de la calle de la Duquesa, muy próxima. Allí permaneció escaso tiempo. Los García Lorca eran personajes demasiado importantes en Granada para que un Comisario de barrio cargase con la responsabilidad de detener a alguno de ellos. El Comisario, pues, declaró su incompetencia. Según él, sólo el Gobernador Civil, Comandante Valdés, podía decidir de la suerte del poeta.

Entonces, el diputado católico transportó a Federico al Gobierno Civil. Transformado en Tribunal Supremo desde la sublevación, el Gobierno Civil más parecía cárcel que tribunal por su aspecto. A medida que las diversas depuraciones los iban deteniendo, los sospechosos eran conducidos allí, en donde esperaban, en montón, su traslado a las dife-

rentes prisiones —improvisadas— de la ciudad. Una sentencia rápida del Comandante Valdés decidía de su suerte.

Federico fué abandonado por su verdugo en una de estas salas repletas de una multitud aterrada e implorante. Se ha hablado mucho acerca de los suplicios corporales que habrían sido infligidos al poeta. No creemos que hayan existido. Sin embargo, su suplicio moral sí que existió, y hubo de ser terrible; pues, en medio de esta incertidumbre, de esta desesperación, ¿cómo no haber sentido el corazón atravesado por vislumbres de esperanza: su corazón confiado de poeta del amor, de poeta-niño? . . .

Las horas transcurrían. Tras el calor sofocante de la tarde, llega el frescor delicado de la incomparable noche granadina. Para aquellos seres aturridos, extenuados por la espera, ya todo es igual. Algunos de los que advirtieron la presencia de Federico me han dicho, años más tarde, que en aquellos momentos apenas sí lograron reconocerlo. Transformado en un ser anónimo perdido en aquella multitud humana que le rodeaba, ya no era sino un hombre igual a los otros, un hombre que, como ellos, esperaba resignado y hosco al mismo tiempo a que le leyeran su sentencia de muerte. Cuando, en la penumbra de la noche, su nombre sonó en la sala y le condujeron ante la autoridad suprema de la ciudad, ¿cómo iba a encontrar todavía las fuerzas necesarias para defenderse y proclamar su inocencia?

La entrevista que tuvo lugar entre ambos hombres permanece aún en el más completo misterio. Ningún testigo asistió a la escena y el único que hubiera podido revelar algo, el Comandante Valdés, se llevó consigo el secreto a la tumba. Lo único que sabemos es que la condena debió ser fulminante, pues unos minutos más tarde sacaban a Federico de la sala, esposado y custodiado. Tal había de ser la última imagen que los escasos rehenes que escaparon de aquella matanza conservarían del más grande poeta de su tiempo.

No **"se le vió caminar entre fusiles"**, como escribió en un poema admirable aquel excelso poeta que fué su maestro y amigo: Antonio Machado. No. El poeta del Romancero partió hacia la muerte en uno de aquellos autos que atravesaban la ciudad como una exhalación y que arbolaban la insignia de la Falange.

Al llegar a este punto se plantea un problema ante el biógrafo. El triste privilegio de haber visto caer a los hom-



VIZNAR: El bairranco y las fosas.



AREA HISTORICA
DEL CENTRO DE INVESTIGACION Y ENSEÑANZA



VIZNAR: La fosa



• **ÁREA HISTÓRICA**
DEL CENTRO DE INFORMACIÓN INTEGRAL

bres de la ciudad se lo reparten dos lugares de los alrededores de Granada: el cementerio, situado en una colina no lejos de la Silla del Moro, y en donde reposan de ocho a nueve mil fusilados; y Viznar, pueblecito miserable situado también sobre un collado, a pocos kilómetros de la ciudad. El **barranco** de Viznar, en efecto, debe contener por lo menos un millar de muertos. ¿El cementerio? ¿Viznar? ¿En cuál de estos dos osarios tuvo lugar el suplicio del poeta?

VI

Los informes que he obtenido de personas autorizadas durante mi reciente investigación en Granada, parecen corresponder bastante bien con los que dió el escritor británico Gerald Brenan en su excelente libro: **"The Face of Spain"**.

Después de la entrevista con el Comandante Valdés, Federico fué conducido en el auto de la Escuadra Negra hasta Viznar. Algo separado del pueblo, se eleva un edificio sin estilo, de carácter moderno, llamado **la Colonia**. Antes del levantamiento, **la Colonia** había servido de lugar de reunión a los falangistas; luego fué transformada en prisión. Cada día, cada noche, eran llevados hasta allí, en pequeños grupos, los hombres que habían sido hechos prisioneros —sobre todo los detenidos por la Escuadra Negra—; después de un interrogatorio, se les confesaba y, sin otra forma de proceso, eran arrastrados hasta el barranco vecino, en donde se les fusilaba al amanecer. Las fosas, poco profundas, eran cavadas por los mismos rehenes, o por otros prisioneros encerrados en el sótano del edificio, los cuales, a su vez, eran ejecutados más tarde. Fué en este lugar, en **la Colonia**, donde Federico pasó su última noche. ¿Conservó todavía, durante su breve detención, la esperanza de que sus amigos podrían intervenir a su favor, enterados quizá de lo que sucedía? De los que fueron sus compañeros durante estas últimas horas no queda nadie; ningún testigo, pues, ha podido informarnos.

Sin embargo, la noticia de la detención del poeta se propagó por Granada, desde el día mismo, como un reguero de pólvora. De regreso a su domicilio, los Rosales habían sido puestos al corriente de la situación y multiplicaban las gestiones, peligrosas en aquellos momentos, ante las autoridades falangistas. Toda la noche que precedió a la

muerte del poeta, Luis Rosales y una alta autoridad eclesiástica que le acompañaba la pasaron entrevistándose con uno de los miembros más influyentes de la Escuadra Negra, el único sin duda que, en medio de aquella confusión, podía intervenir ante el Comandante Valdés para obtener la gracia del poeta. Todo fué inútil. La Escuadra Negra no tenía como norma el indultar a ningún hombre, ni aunque fuese éste el más genial artista de toda España.

Al rayar el alba, en compañía de otros detenidos, Federico ha subido por este sendero polvoriento, árido, que sigue de cerca el lecho de guijarros y grava de un riachuelo eternamente seco. Las gentes sencillas llaman a este pintoresco cauce **"el Camino de la Fuente"**, y es, en efecto, un camino que lleva hasta un antiguo manantial que conserva, encerrada en su hermoso nombre árabe, toda la nostalgia de una antigua leyenda: **"La Fuente de Aynadamar"**; es decir: **"La Fuente de las lágrimas"**. Antes del levantamiento, era el paseo favorito de los aldeanos de Viznar y de los villorrios vecinos. Durante el verano, al caer de la tarde, iban en pequeños grupos hasta la fuente para beber un agua limpia y fresca. El propio Federico había venido con frecuencia por estos parajes, mientras componía los mejores poemas del **Diván del Tamarit**. ¿Quién no recuerda aquella tarde en que este manantial de lágrimas había brotado en su misma habitación, anegándola lo mismo que un río de llanto?...

"He cerrado mi balcón
porque no quiero oír el llanto,
pero por detrás de los grises muros
no se oye otra cosa que el llanto"

Ahora, por última vez, mientras camina hacia la muerte, el poeta puede contemplar el paisaje tan querido de su corazón. Del cielo se derrama una luz malva y dulce, de amanecida. A la izquierda, dominada por el baluarte de la Sierra, de un profundo azul a estas horas, la vega se extiende lo mismo que una mar tranquila. Allá lejos, pasado Santa Fé, detrás de aquella línea temblorosa de chopos, Fuentevaqueros, su pueblo natal. Sobre el tejado de los cortijos han empezado a subir las primeras volutas de humo, perezosamente, por el aire quieto. El Genil se desliza, en silencio, como una serpiente de agua, con el lomo brillante. El Genil . . . La vega . . . Fuentevaqueros . . .

Pero, a la derecha, si por casualidad ha vuelto los ojos, aparece la visión siniestra del barranco, aquella inmensa quebradura roja, yerma, sin un solo árbol, sin una flor, sobre la que se abren **los pozos**, como los llaman aquí. ¡Los pozos! ¡El lugar del suplicio! ¡Las tumbas, si es que podemos llamar tumbas a esos pequeños túmulos de tierra rojiza que apenas sí cubren la fila interminable de cuerpos martirizados!...

Lo que fué el suplicio del poeta, el suplicio de todos los fusilados de Viznar constituye un asunto del que no se habla sino con mucha discreción en Granada. Demasiadas horrores se esconden detrás de esta palabra: Viznar. Demasiadas injurias a la dignidad humana para que los granadinos consientan en revelar cualquiera cosa que fuere, al extranjero curioso.

Una noche, sin embargo, y cuando ya empezaba a desesperar por saber la verdad, ésta me fué, al fin, revelada. Ocurrió en una de esas tabernas con olor a aceite y a mariscos que constituyen el encanto del Albaizin. Durante toda la tarde, algunos andaluces y yo habíamos estado recorriendo todo el barrio en busca de un **cantaor** y un guitarrista que pudiesen entretenernos. En vano. En esta ciudad que fué la cuna del **cante jondo** y en la que algunos años atrás se habían revelado artistas tan admirables como Mariano Morcillo y Frasquito Gálvez —el inolvidable **Yerbabuena**—, se hacía cada vez más difícil descubrir a un **cantaor**. Acabábamos de hacer la experiencia. Desanimados, pues, mis compañeros habían entrado en una taberna y, sentados ante un vasito de anís acompañado de las tradicionales **tapas**, volvían a reanudar esa eterna discusión política sin la cual toda conversación andaluza parece inconcebible. Aquella misma mañana habían sido detenidos en Barcelona algunos sindicalistas y los periódicos acababan de dar la noticia de que serían fusilados. Mis compañeros no ocultaban su desesperación, por lo que comprendí, al punto, que podía hablarles. Después de censurar los fusilamientos de Barcelona y de evocar los de Granada, dejé caer el nombre de Federico García Lorca, y murmuré: Viznar. La discusión cesó al instante. Todos habían bajado los ojos; y sus rostros parecían petrificados.

—Oiga, me dijo uno de ellos, es preferible que no hable usted de Viznar, pues Viznar es la vergüenza de los granadinos. . .

Y el hombre añadió:

—Yo estaba en Viznar. . . Sí; yo los he visto, en Viznar. ¡Ay!, señorito, que no se me olvidará nunca lo que esa gente hizo!

¡Esa gente! Así es como he oído designar en todas partes, en Granada, a los miembros de la Escuadra Negra, lo mismo que si no se hubiera tratado de españoles, lo mismo que si no hubieran sido granadinos. Se había hecho un silencio pesado; pero, al fin, el hombre prosiguió:

—Le han hablado a usted del **barranco**, ¿verdad? Y le han dicho, quizás, que era allí donde los prisioneros debían cavar, muchas veces, su propia tumba. Es todo cuanto le han dicho a usted, sin duda. . . Aquellos a los que usted ha interrogado se han callado porque tienen miedo, porque desearían no pensar más en eso, aunque los remordimientos los torturen. . . Pues bien, escuche. Cuando los prisioneros habían terminado de cavar sus tumbas, casi siempre de noche y a la luz de los faros, eran conducidos ante un cura falangista que les confesaba; bueno, que confesaba a los que lo deseaban así. Al lado del cura, estaba el párroco del pueblo, un buen hombre a quien estas escenas le aterrorizaban, pero que se veía obligado a asistir a su superior. Una vez terminada la confesión, quitaban las esposas a los prisioneros, les hacían levantar los brazos por encima de las cabezas y sonaba la orden fatal: "**¡Corran!**". Entonces, el brazo armado del verdugo se levantaba sobre las espaldas de los desgraciados, y, un instante después, se escuchaban las detonaciones secas que les despedazaban la nuca. . . . Cuando los cuerpos caían mal, hacia adelante, por ejemplo, ellos los empujaban a patadas hasta los pozos. . . Así es como se moría en Viznar, señorito. . .

Hubo una pausa; luego, el hombre precisó:

—Hace unos años la huella de las fosas era muy visible; se tocaban unas con otras. Después, han querido enmascarar el crimen. Han plantado algunos pinos, y la tierra ha sido removida por todas partes. Ahora, en el fondo de los pozos, los cuerpos han terminado de podrirse y la tierra se ha ido hundiendo lentamente sobre ellos. Pronto no quedará nada en Viznar, y entonces, **ellos** podrán forjar la leyenda, decir que todo ha sido una mentira, que esas matanzas han sido una invención de los **Rojos**, como nos llaman a todos aquí, a todos los que no aceptamos ser unos cobardes. . .

Y añadió:

—En cuanto a Federico, le puedo decir a usted hasta donde han llevado su audacia los verdugos. Dos días después de haberle asesinado, han venido aquí, al café más grande de Granada, al **Imperial**, para vender su estilógrafo y su medalla. ¿Sabe usted? . . . esa medalla que le habían ofrecido sus amigos cubanos cuando estuvo allá, tres o cuatro años antes de la guerra. . .

Cuando yo me muera,
enterradme con mi guitarra
bajo la arena.

Cuando yo me muera
entre los naranjos
y la hierbabuena.

Cuando yo me muera,
enterradme, si queréis,
en una veleta.

¡Cuando yo me muera!
¡Ay!

Granada-París-1951.

(Traducido al español por Moisés Simons Junior)

DEL CENTRO DE INFORMACIÓN INTEGRAL